



LA VIUDA DE UN GRANDE HOMBRE

CAPITULO PRIMERO



LA VIUDA DE UN GRANDE HOMBRE

Cuando se supo que se casaba en segundas nupcias, á nadie le extrañó. A pesar de todo su genio, tal vez á causa de su genio, el grande hombre le había dado quince años de una vida muy dura, llena de caprichos, de fantasías estrepitosas, de las cuales se había ocupado al-

gunas veces todo París. Por el camino de gloria, que él recorría triunfalmente y á toda velocidad, como aquellos que han de morir jóvenes, ella lo había seguido, humilde y temerosa, sentada en un rincón del carro triunfal, esperando á cada momento algún choque. Cuando se quejaba, así los parientes como los amigos, como todo el mundo, se ponían en contra de ella: «Respetas tus debilidades, le decían, que esas son las debilidades de un Dios. No lo perturbes, no lo distraigas. Piensa que tu marido no es tuyo solamente. Pertenece, aún más que á la familia, á su país y al arte... ¡Quién sabe si cada una de esas faltas que tú le echas en cara, no nos ha valido una de sus obras sublimes!...» Al fin, sin embargo, cansada de tanta paciencia, sintió deseos de revuelta, indignaciones, injusticias, y de tal suerte, que cuando el grande hombre murió, ya se disponían á litigar su separación ante los Tribunales y á arrastrar su célebre apellido por las columnas de la tercera plana de los periódicos aficionados al escándalo.

Después de las agitaciones de aquella

desdichada unión, los cuidados y temores de la última enfermedad, el golpe terrible de la muerte, el cual despertó, por un momento, el cariño primitivo, los primeros meses de viudez, produjeron á



la joven el efecto saludable y restaurador de una temporada de baños. El retraimiento forzoso, el tranquilo deleite del dolor apaciguado, le dieron á los treinta y cinco años una segunda juventud, casi más seductora que la primera. Además, el traje negro le sentaba bien, y luego tenía el continente reposado,

un tanto orgulloso, propio de la mujer que se queda sola en este mundo con la obligación de llevar todo el honor de un grande nombre. Muy cuidadosa de la gloria del difunto, esa gloria maldecida que le había costado tantas lágrimas, y que ahora se agrandaba de día en día como espléndida flor alimentada por la removida tierra del sepulcro, veíasela envuelta en sus negras tocas, presentándose en casa de los editores, de los directores de teatro, ocupándose de que pusieran en escena las óperas de su marido, cuidando la impresión de las obras póstumas, de los manuscritos sin terminar, poniendo en todos esos pormenores una especie de solemnidad afanosa y algo así como respeto á un santuario.

Por entonces la conoció su segundo marido. Era músico también, casi desconocido, autor de valeses, de melodías y de dos operetas; dos partituras, las cuales, deliciosamente impresas, ni se habían cantado en el teatro, ni se habían vendido. Con una figura simpática y una bonita fortuna heredada de su familia, tenía, sobre todo, el respeto supremo al

genio, la curiosidad de los hombres célebres y la entusiasta candidez de los artistas aún jóvenes. Así es que cuando



le enseñaron la mujer del maestro, se deslumbró. Era como la imagen misma de la musa gloriosa que se le presentaba. En seguida se enamoró y, como la viuda empezaba ya á recibir gente, se hizo

presentar en su casa. Allí creció su pasión en la atmósfera del genio que flotaba todavía en todos los rincones del salón. Allí, el busto del maestro, el piano donde componía, sus partituras encima de todos los muebles, melodiosas hasta al mirarlas, como si de sus entreabiertas hojas resonaran musicalmente las frases... La hermosura real de la viuda, rodeada de ese recuerdo austero como de un marco que le sentaba bien, acabó de volverle loco de amor.

Después de haber titubeado largo tiempo, el pobre muchacho acabó por declararse; pero en términos tan humildes, tan tímidos... «Ya sabía que era muy poca cosa para ella. Comprendía todo el pesar que le causaría trocar su nombre ilustre por el suyo, desconocido é insignificante...» Y otras mil candideces por el estilo. Ya supondréis que, en el fondo del corazón, la dama estaba muy satisfecha de su conquista; pero hizo su correspondiente comedia, fingió tener el corazón destrozado, adoptó los aires desdeñosos, displicentes de la mujer para quien todo ha concluído en este mundo.

Ella, que jamás había estado tan tranquila como después de la muerte de su grande hombre, encontró aún lágrimas para llorarlo, y un entusiasmo loco para hablar de él. Naturalmente, todo eso no hizo más que exaltar á su joven adorador y hacerlo más elocuente, más persuasivo.

Para terminar, aquella severa viudez acabó con una boda; pero la viuda no abdicó, y siguió siendo, después de casada, más viuda de grande hombre que nunca, porque comprendía que á los ojos de su segundo marido aquel era su verdadero prestigio. Como se sentía menos joven que él, porque no lo advirtiese, lo anonadó con su desdén, con una especie de vaga compasión, de cierto pesar por una unión desigual, inexplicada y ofensiva. Pero él no se ofendía; antes al contrario. ¡Estaba tan convencido de su inferioridad, y hallaba tan natural que el recuerdo de un hombre como aquel se apoderara despóticamente de cualquiera! Ella, para mantenerlo en aquella actitud humilde, leía algunas veces las cartas que el maestro le escribía cuando

estaba haciéndole la corte. Aquella vuelta al tiempo pasado la rejuvenecía y le daba el aplomo de la mujer hermosa, amada, contemplada á través de todos los ditirambos amorosos, de toda la exageración deliciosa del amor por escrito. Si después había variado, á su joven esposo no le importaba; la adoraba por la fe de otro, y sentía con ello no sé qué extraña vanidad. Parecíale que aquellas súplicas apasionadas se unían á las suyas, y que él era el heredero de todo un pasado de amor.

¡Extraña pareja! En sociedad era cosa curiosa observarlos. Yo los veía algunas veces en el teatro. Nadie hubiera reconocido á la mujer temerosa y tímida que acompañaba en otro tiempo al maestro, perdida en la sombra gigantesca que proyectaba en derredor suyo.

Ahora, erguida en el sitio de preferencia del palco, se exhibía, atraía todas las miradas con el orgullo de las suyas. Cualquiera hubiera dicho que tenía sobre la frente la aureola de su primer marido, cuyo nombre resonaba en torno suyo como un homenaje ó como un re-

proche. El otro, sentado en segundo término, con la especial fisonomía de los sacrificados de la vida, observaba todos sus movimientos, atento á servirla.

En su casa aquella actitud extraña era todavía más notable. Recuerdo una reunión que dieron al año de casarse. El marido circulaba por entre la turba de invitados, orgulloso y un poco turbado de ver reunida tanta gente en su casa. La mujer, desdeñosa, melancólica, superior, era aquella noche más que nunca la viuda del grande hombre. Tenía cierto modo de mirar á su marido por encima del hombro, de llamarle *hijo mio*, anonadándolo con sus cortesías, como diciéndole: «No sirves más que para esto.» En derredor de ella estaban los íntimos de otros tiempos, los que habían asistido á los ruidosos comienzos de la carrera del maestro, á sus luchas, á sus triunfos. Con ellos la viuda se hacía la mimosa, la chiquilla. ¡La habían conocido tan joven! Casi todos la llamaban *Anita*. Era como un tabernáculo, al cual el pobre marido se acercaba respetuosamente para oír hablar de su predecesor. Allí recor-

daban los gloriosos *estrenos*, aquellas noches de grandes batallas, casi todas ganadas, luego las manías del grande hombre, su manera de trabajar cuando, para inspirarse, quería que su mujer se pusiera á su lado muy vestida y muy escotada... «¿Se acuerda usted, Anita?» Y Anita suspiraba, se ruborizaba...

De entonces databan sus bellísimas obras amorosas, *Savonarola*, sobre todo, la más apasionada de todas, con su magistral dúo lleno de rayos de luna, de perfumes de rosa y de trinos de ruiseñor. Un entusiasta lo tocó al piano en medio de un gran recogimiento. Cuando sonó la última nota de aquella magnífica pieza, Anita rompió á llorar... «No puedo remediarlo, decía. No he podido oirla nunca sin llorar.» Los amigos del maestro rodeaban á su triste viuda prodigándole la expresión de su simpatía y sus consuelos, é iban uno detrás de otro, como sucede en los duelos, acercándose para estrecharle la mano.

«Vamos, vamos, Anita, valor.»

Y lo más extraño es que el segundo marido, de pie al lado de su mujer, con

aire conmovido, distribuía apretones de mano, él también, y tomaba parte en aquel duelo.

«¡Qué genio! ¡qué genio!» decía enjugándose los ojos.

Aquello era á un tiempo mismo cómico y enternecedor.

